

ca tendrá como una de sus más graves consecuencias la depauperación casi absoluta de los sectores sociales más desfavorecidos, especialmente durante los años cuarenta.

En cuanto al séptimo y último de los artículos, el hispanista Jean-Louis Guereña, profesor y responsable del *Centre Interuniversitaire de Recherche sur l'Éducation et la Culture dans le Monde Ibérique et Ibéro-Américain* (CIREMIA) de la Universidad *François Rabelais de Tours*, nos presenta una panorámica del heterogéneo y sórdido mundo de la prostitución, estrategia de supervivencia para las más desfavorecidas y ejemplo paradigmático de la doble moral franquista, al considerarse una actividad execrable a la par que un mal menor, en un período que abarca desde 1941, año en el que se reinstaura oficialmente, hasta su abolición en 1956.

Llegados a este punto, podemos afirmar que nos encontramos sin duda frente a una obra colectiva de gran altura intelectual, imprescindible para conocer, como decimos, la sociedad española durante el primer franquismo en todas sus facetas, haciéndonos partícipes de la historia de esos múltiples colectivos considerados tradicionalmente «sin historia».

Francisco Rojas Claros
Universidad de Alicante

RUIZ BAUTISTA, Eduardo, *Los señores del libro: propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo (1939-1945)*, Gijón, Ediciones Trea S.L., 2005.

Con motivo del trigésimo aniversario de la muerte de General Franco

ha sido frecuente encontrar en la prensa referencias a que es lo que ha pervivido del Franquismo en la sociedad española actual. Afortunadamente podemos decir que nada, o casi nada, pervive en la actualidad de la etapa dictatorial salvo algunos símbolos y la pretensión de algunos nostálgicos de mantener el rescoldo de una época que avanza a pasos agigantados hacia la Historia dejando de ser nuestro pasado reciente. Pero algo ha pervivido, o mejor dicho, ha surgido, de la desaparición del régimen del General Franco. Esto es una vigorosa historiografía que, salvo algunas excepciones elaboradas para el consumo de determinados sectores sociales y de nulo valor, ha permitido – en el transcurso de los últimos años– dar un gran salto adelante en el conocimiento detallado de la etapa dictatorial.

Es en esta historiografía reciente elaborada por jóvenes historiadores, en muchos casos nacidos tras la muerte de Franco, en la que se sitúa la obra que ahora presentamos de Eduardo Ruiz. Obra destacable por varios aspectos, a los que haremos referencia más adelante, pero fundamentalmente por uno; se trata de una obra que se aparta de la corriente «tradicional» de estudiar la violencia del régimen para adentrarse en otro campo del Franquismo en el que, si queremos, no falta la violencia pero esta vez ejercida desde y con los libros.

Pese a que el autor no participa de la que podemos considerar «línea mayoritaria» de la historiografía reciente sobre el Franquismo el libro de Eduardo Ruiz contribuye, y creo que de manera destacada, al conocimiento del Primer Franquismo y a romper el mito de la unidad del Régimen

y a dar un paso –significativo– en el conocimiento y la valoración del verdadero alcance del cambio operado en 1945 con la defenestración del falangismo tras la derrota de la Alemania nazi. Hasta ahora siempre las referencias al «cambio» de 1945 se habían ceñido a lo político sin entrar a considerar la pérdida del control, por parte del Falangismo, de las diversas esferas de poder entre las que se encontraba, y como una de las más destacadas, la Vicesecretaría de Educación Popular.

El estudio de Eduardo Ruiz nos ofrece un análisis inédito y pionero sobre la política cultural del Franquismo en su apogeo, en los años en los que se pensaba en la recuperación de un imperio y cuando el filo fascismo del régimen estaba más acentuado. Es decir cuando el proyecto de un «Nuevo Estado» era más plausible que nunca. Pero para ello era necesaria la elaboración de un proceso de «educación» de las masas en los ideales del «Nuevo Estado» mediante la difusión de las obras de los ideólogos del Régimen (ediciones de obras), la educación de las masas en los principios básicos de la ideología falangista (educación popular y propaganda), la eliminación de todo aquello contrario o pernicioso para los intereses del Nuevo Estado (censura) y la depuración de aquellas obras que publicadas con anterioridad al comienzo de la nueva era merecían ser depuradas (expurgo de bibliotecas).

Para llevar a cabo esta titánica tarea se puso, o al menos se intentó, poner en marcha una maquinaria que en el libro que ahora presentamos se analiza en su desarrollo estructural e ideológico. La evolución desde el

Servicio de Prensa y Propaganda de Falange, radicado en San Sebastián, hasta la creación –el 10 de mayo de 1941– de la Vicesecretaría de Educación Popular, se consideraba como los pasos previos y necesarios para la creación de un ministerio de propaganda, al uso de los existentes en Italia y Alemania, y avanzar de este modo a la implantación de un régimen fascista en España, con el caso alemán como principal referente para los hombres de la Falange. Para reforzar este planteamiento el autor lleva a cabo un análisis, sucinto pero suficiente, de los planteamientos culturales y propagandísticos en Alemania, Italia y Portugal para, a continuación, analizar el papel de la Vicesecretaría de Educación Popular y sus múltiples ramificaciones. Resulta destacable el análisis de la política editorial de la misma, que pasa por la edición de las obras «fundamentales» del régimen pero también por la creación de pies editoriales falsos para la edición de determinadas obras. Esto prueba la importancia concedida al libro, por parte de intelectuales destacados como Dionisio Ridruejo o Laín Entralgo, como principal elemento de difusión ya que se planteó, incluso, la edición de «novelas baratas» con la intención de alcanzar a los lectores populares siempre que éstas se correspondiesen con los ideales de la «Nueva España». Sin embargo, a semejanza de lo que ocurre en otras ocasiones, las dificultades de la posguerra hicieron que gran parte de los planteamientos de la Vicesecretaría de Educación Popular no pudieran llevarse a cabo.

Atención especial me merece el apartado dedicado a la censura que parte de una concepción novedosa

y no del mero análisis de las obras que pretendían ser publicadas y de las opiniones de los censores. En el mencionado capítulo se analiza, con detalle, como se lleva a cabo una censura «retroactiva», de corte moral, con un claro desprecio por los «siglos de decadencia» y vanagloriando las obras de los siglos de triunfo del Imperio español. A mi entender resulta de lo más revelador, sobre la concepción que el Falangismo tenía de la sociedad española, el intento de crear una «cultura española» de la cual debía ser borrado todo lo antiespañol. Junto a esto es importante destacar como los criterios censores del falangismo no siempre se correspondían con las orientaciones morales de la Iglesia Católica. De otra manera no se entiende la publicación en «Ecclesia» —órgano de expresión de Acción Católica— de las orientaciones para la lectura. La divergencia entre el falangismo y catolicismo, acentuada a raíz de la condena del nazismo mediante la encíclica del papa Pío XI *Mit brennender Sorge* (1937), se incrementó en ocasiones por la actuación de la Vicesecretaría de Educación Popular.

Para conocer el alcance y los logros, o fracasos, de tan ambiciosos presupuestos se hace imprescindible el análisis que el autor realiza de la lectura. Todo lo anterior quedaría cojo sin la exposición de los hábitos de lectura en los primeros años de la posguerra. Para ello Eduardo Ruiz lleva a cabo un estudio comparativo entre la política bibliotecaria y de lectura de la II República y del Primer Franquismo con una especial atención en el proceso depurador de las bibliotecas como eslabón último del proceso de construcción cultural del Franquismo.

Sin embargo, y como ocurre en otras instancias del Régimen, 1945 y la derrota del Eje supuso la puesta en marcha de las profundas reformas para desplazar a la Falange de los centros de poder. Esto supuso también el fin del proyecto «culturizador» de la Vicesecretaría de Educación Popular que se saldó, en gran medida, con un fracaso como demuestran las escasas ventas de la Editora Nacional y la escasa difusión de los libros y de los folletos editados más allá de las instancias oficiales. Por el contrario la censura, en toda su extensión, si logró en parte sus objetivos. Para ello autorizó obras afines, expurgó otras o relegó a la consulta de eruditos determinadas obras de la literatura universal. Quizá, tras la lectura de la obra analizada, quede poco claro si este fracaso se debe al desinterés de la sociedad española (¿resistencia encubierta?), a la crítica situación de la sociedad española en la posguerra, a lo inviable de los proyectos de Falange o a la resistencia de determinados sectores del Régimen contrarios a la Falange. Pero dejando a un lado esto, campo en el que no dudamos que el autor seguirá investigando tratando de dar respuesta a estos interrogantes, podemos afirmar que estamos ante una obra de gran valor, tanto por lo científico como por lo interesante de la temática tratada, que pone de manifiesto el conocimiento tanto de las fuentes de archivo como impresas así como un sólido conocimiento de la realidad cultural del resto de países totalitarios de la época que eran espejo y modelo para la España de Franco.

Pedro Barruso Barés